

El punto débil de Steiner estriba en algo hasta cierto punto justificable, pero que no puede pasarse por alto: no reparar en lo que se ha venido haciendo *después*. Cuando, por ejemplo, expresa con amargura que ninguna obra contemporánea ha reflejado con solidez y altura de miras lo llevado a cabo en los campos de exterminio, no habrá pensado en *Sophie*, de William Styron —quien cita, en la mencionada novela, al George Steiner de *Lenguaje y silencio*—, ni en el sobrecogedor capítulo con el que se cierra *El hotel blanco*, de D. M. Thomas. En un ensayo de 1959 (incluido en *Lenguaje y silencio*), "El milagro hueco", en el que trata sobre la situación de la literatura alemana de posguerra, la visión de Steiner resulta desoladora. Y tiene aquí razón: los idiomas son organismos vivos que se contagian de la podredumbre del cuerpo social. El idioma de la Alemania "milagrosa" ya nada tiene que ver con la noble lengua de Heine o Nietzsche. Pero juicios tan drásticos sobre el yermo literario alemán, ¿pueden mantenerse así de rígidos conociendo la poesía de Gottfried Benn o la novelística de un Ernst Jünger o de un Arno Schmidt? ¿O es que el hecho de que resistieran dentro de la Alemania nazi devalúa sus producciones?

Por supuesto, el estado *actual* (léase de los años sesenta en *Lenguaje y silencio*) de la cultura occidental —si es que aún puede denominarse así—, no ha venido determinado únicamente por la irrupción de las barbaries totalitarias. El sistema de vida de nuestra "civilización", ¿permite al lector sumergirse en la degustación de un clásico? ¿Posee dicho lector un nivel aceptable para comprender el sustrato mitológico en las piezas de Shakespeare? Hasta los universitarios (y Steiner piensa en universitarios anglosajones) leen el ensayo de Eliot sobre Dante sin conocer una sola línea del florentino.

Steiner, no hay que olvidarlo, habla de "alta cultura", lo que en otros tiempos se llamaría, lisa y llanamente, Cultura. Su condición de desarraigado, su reivindicación de la extraterritorialidad, su formación plurilingüe revelan al judío ilustrado, centro-europeo, que Steiner lleva en las venas. Elias Canetti, por citar a otros herederos del humanismo en trance de extinción, podría compartir sus preocupaciones. Ambos emanan el atractivo de una causa tal vez perdida,

entre el polo totalitario del comunismo y el de las ediciones abreviadas de bolsillo de la libre América. No nos corresponde emitir juicio moral alguno sobre la situación que con tanta sagacidad analiza un *moralista* como George Steiner. Aun con sus puntos débiles, aun con sus prejuicios (el más llamativo se encuentra en "Pornografía seria e intimidad"), *Lenguaje y silencio* aparece como un paradigma ejemplar y necesario "frente a la ordinariéz y al caos", como él dice hablando del reto que supuso la vida y obra de Hermann Broch. Pero acaso resultara provechoso para la "alta cultura" el considerar que la ordinariéz y el caos pueden ser consecuencias y asunciones, bajo el signo inequívoco de la inteligencia creadora, de ese *fin de siècle* que todo artista porta en la sangre. En ese caso, las palabras del moralista son sólo observación exógena, subjetiva, prescindible. Ahora bien, el problema sigue residiendo en el dónde acaba el terreno del artista genuino y en el dónde comienza el de los imitadores, pendientes no de una voz propia interior, sino de las demandas inmediatas y acriticas de la sociedad.

Para terminar, tan sólo un reproche a la edición española de *Lenguaje y silencio*, que reconoce ser "una selección de la compilación original". La exclusión de ensayos como el que se refiere al *Moses and Aaron* de Schoenberg o el que trata del crítico F. R. Leavis, con la excusa de ser "poco afines a nuestra tradición cultural", es más que discutible, a la par que traiciona la intención extraterritorial del autor.

José Carlos Cataño

HISTORIAS PARALELAS

Desde la aparición en España del grupo de escritores perteneciente al llamado realismo social, la vida política del país aparecería llevada a la novela a través del conflicto personal. La *lectura* social quedaría implícita en el texto como otra lectura posible, como el inevitable resultado de la acción de unos personajes marcados por su época. Años después, con la muerte de Franco, la actividad

creadora se desarrolla en el marco de una cultura al fin puesta en libertad.

Las coordenadas de la sensibilidad de las novelas en cuestión intentaban moverse entre límites distintos a los establecidos por las anteriores generaciones. Pero la novela en España no ha podido hasta ahora hacer surgir de ella misma un movimiento revitalizador, semejante al propuesto en algunos ejemplos por el llamado realismo social; aunque, tal vez, continúe en su búsqueda. No obstante, resulta difícil para el estudioso de la literatura española contemporánea definir con exactitud lo que hoy por hoy pudiera ser considerado como nuevo en el acopio de la producción novelística.

El concepto de *novedoso* ni siquiera puede surgir a partir de una clasificación cronológica. Son muchos los narradores que actualmente rebasan los cuarenta años de edad y cuya obra ocupa un lugar de suma importancia dentro de la más reciente narrativa española. Tal es el caso de Gonzalo Torrente Ballester, Alfonso Grosso, Juan Benet, Luis y Juan Goytisolo o Jesús Fernández Santos, quienes —junto a una larga lista de nombres— han mantenido en alto la calidad de la novela española. La mayoría de ellos, se ha empeñado en dar vueltas, a veces triturándolas, a las posibilidades narrativas utilizadas anteriormente por el realismo social. Quizá los hermanos Goytisolo resulten el ejemplo más claro de madurez a la que ha llegado en los últimos años la generación que agrupa a dicho movimiento.

Queda entonces como *novedoso* la significación que se ha dado a la palabra; aunque cabría destacar ciertos casos aislados como Germán Sánchez Espeso o José María Guelvenzu, por citar sólo algunos cuyo aporte ha recaído, contrariamente a sus *contemporáneos*, en el plano estructural del género. El hecho de que lo más representativo del trabajo literario de estos narradores —mayores de edad— se haya evidenciado a lo largo de los últimos diez años, nos obliga a pensar que esa *nueva* novela es también la que ha sido escrita por quienes, en los últimos tiempos, han alcanzado su madurez como novelistas. Es necesario, entonces, olvidarse por completo del concepto de *novedad* y de su significación en el campo literario, al agrupar a estos narradores y disponerse a analizar lo que ahora se está escribiendo en España.

▲ Jesús Fernández Santos: *Jaque a la dama*. Planeta, Barcelona, 1982.



Jesús Fernández Santos

Jesús Fernández Santos (1926) publica su primera novela, *Los Bravos*, en 1954; tres años más tarde obtiene el Premio Gabriel Miró por su obra *En la hoguera*. Autor de once novelas más y cuatro libros de cuentos, el escritor madrileño es galardonado con el Premio Nadal en 1971 por su novela *Libro de la memoria de las cosas*. Fernández Santos, asimismo, hace la crítica de cine desde hace cuatro años en el diario *El País* y su última novela, *Jaque a la dama*, le ha valido meterse al bolsillo el Premio Planeta 1982.

Desde sus inicios, el novelista ha sabido ser testigo de su época y traslapar magistralmente la realidad contemplada con el reflejo especular.

La actitud de rigor que, en la mayor parte de las ocasiones, ha caracterizado la obra de Fernández Santos, lleva necesariamente al lector a verificar que para lograr el efecto deseado no se puede simplemente testimoniar, sino que es necesario construir la propia obra y demostrar, a la vez, que la realidad no ha de ser un obstáculo para el estilo cuando éste surge de una pluma inteligente, pese a su insistencia por seguir recorriendo ciertos caminos que tienen que ver con planteamientos más tradicionales.

En esta nueva novela, ante el drama cotidiano de la violencia represiva, el escritor se ha "visto obligado" a tocar de nuevo el tema de la guerra. Quizá era previsible que lo hiciera —hay que recordar también que la mayoría de los novelistas españoles de posguerra abocaron gran parte de su obra al tema en cuestión— aunque esta vez no es la guerra civil la que enmarca la historia. El texto surge en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Dentro de un universo traslúcido de imágenes comunicantes e intercambiables y frente a la realidad compleja y desgarradora de España e Italia sometidas a las inclemencias de los años de guerra y a la violencia de que fueron víctimas los pueblos, el novelista opta por centrar la historia dentro de un orquestado conjunto. Fernández Santos se propone, a través de la representación narrativa, develar la propia realidad y al mismo tiempo interpretar la trayectoria política de sus personajes. La novela se articula al hilo de lo que acontece a Marta, una muchacha perteneciente a una familia judía española, a su trabajo de enfermera durante la guerra y a sus amores con Pablo, quien la abandona en los momentos más difíciles de su vida. Años más tarde se casa con Mario,

un periodista que es asesinado en Italia y, tras un doloroso y largo proceso de aprendizaje, Marta asume finalmente su propia existencia.

Fernández Santos ha escogido para su novela un asunto ciertamente atractivo. Como materia de investigación, e incluso como materia novelable, los acontecimientos elegidos esta vez por el autor no dejan de ser aprovechables, entre otras cosas, por las posibilidades que ofrecen para establecer historias paralelas que van surgiendo desde la peripecia principal. El viaje hecho por Marta y Mario a Italia o la postura política del marido y el hermano de la protagonista denotan en el escritor un serio intento por reflexionar en el momento histórico mencionado. Esto otorga cierto interés al conjunto. No así la inclusión de ciertos personajes (como es la hija de Pablo, quien muchos años más tarde establece una relación con tintes homosexuales con Marta —y aquí el relato pierde fuerza—) o incluso algunos elementos que se quedan sin resolver, como el judaísmo de Marta, que al principio de la novela parece tan importante.

Es evidente que el narrador de *Jaque a la dama* trata, ante todo, de construir un trabajo objetivo desde la aportación de ciertas visiones que reproducen lo real. En este sentido, el resultado se consigue, sin lugar a dudas, pero quien conoce la obra de Fernández Santos sabe que esa nunca ha sido la única razón de su escritura.

Margarita Pinto

EL NAUFRAGIO DE UNA NOVELA

La nueva novela de Daniel Moyano —*Libro de navíos y borrascas*— constituye la cuarta de su producción; las tres anteriores fueron: *Una luz muy lejana* (1966), *El oscuro* (1968) y *El trino del diablo* (1974); también son conocidos sus volúmenes de cuentos: *Artista de variedades* (1960), *La lombriz* (1964), *El fuego interrumpido* (1967), *Mi música es para esta gente* (1970), *El monstruo y otros cuentos* (1972) y *El estu-*

▲ Daniel Moyano: *Libro de navíos y borrascas*. Legasa, Buenos Aires, 1983.